

OLIVIER PHILIP: *Le Problème de l'Union Européenne*. Editions de La Baconnière. Paris-Neuchâtel, 1950. Préface de Denis de Rougemont. 381 págs.

Olivier Philip pasa revista en su libro a los temas fundamentales de la europeidad: desde las cuestiones económicas hasta las originalidades del profesor Villey con su programa laico de austeridades jesuíticas, bajo la bandera blanca y verde de Europa.

Precisamente el éxito de iniciativas como las de Villey hace considerar a O. Philip que el estado de ánimo actual en favor de una unidad está bien claro. Resume en dos palabras el proyecto de Villey: «Faire l'Europe». Pero hacerla sin preocupación de matices políticos. Este movimiento —puramente idealista— exige a los jóvenes europeos un breve programa: abandonar toda actividad profesional durante dos años, permanecer solteros todo este tiempo, llevar una vida pobre, no pertenecer a ningún partido político, obedecer al jefe. Conseguido su propósito, se disolverán. Con todas estas exigencias, Villey ha logrado reunir un buen número de jóvenes que viven en los alrededores de París en comunidad. Un éxito que hace pensar a Olivier Philip en la «force de l'idée européenne» (pág. 201). Y hasta precisa un límite para la realización de esta unidad: «Los países europeos realizarán su unión antes de 1953 o no la realizarán jamás». Fúndase al decir esto en motivos de tipo económico, por el hecho de que en 1953 habrá finalizado el Plan Marshall.

En este orden económico compara Oli-

vier Philip el estado de Europa en 1938 y en 1947. En nueve años el panorama europeo ha cambiado de tal manera que sólo una medida radical puede salvar la ruina económica de nuestro Continente. En 1938 Europa tenía un equilibrio económico que le permitía importar y satisfacer todas sus necesidades de orden material. En 1946 Europa rompe ese equilibrio. Ha perdido los países del Este, importa mucho más que exporta, la mayor parte de sus industrias están arruinadas, durante la guerra la técnica se ha perfeccionado en países no europeos, y si se salva de una *débâcle* trágica es por la ayuda que le presta el Plan Marshall.

¿Cómo puede salvar Europa este déficit? Olivier Philip —estadística en mano— demuestra claramente todas las ventajas de una unión y cómo solamente la Unidad Europea puede librarnos de una ruina total.

Pero no sólo hay que recuperar a Europa económicamente, sino política y moralmente. Es en el campo político donde están, según Philip, los mayores inconvenientes para la Unidad, puesto que ella supondría una pérdida de soberanía para el Estado Nacional, y al mismo tiempo exige una economía dirigida que va en perjuicio de los agricultores y de los industriales favorecidos por esos Estados.

¿Cómo salvar estos inconvenientes? Por una necesidad determinante: la de trans-

formar la crisis total de un mundo viejo en un mundo nuevo, para lo cual ha de sufrir hondas transformaciones.

Una prueba de estas necesidades está en la abundancia de organizaciones para conseguir la Unidad. Olivier Philip estudia en su libro todos los movimientos, tanto oficiales como privados, que se preocupan de ello: desde el Conde Coudenhove-Kalergi hasta el Plan Briand, el Plan Churchill, los intentos fascistas... Asimismo estudia de un modo completo los programas de: L'Union Européenne des Federalistes, United Europe Movement, Le Conseil Français pour l'Europe Unie, La Ligue Européenne de Cooperation Economique, L'Union Parlementaire Européenne, Les Nouvelles Equipes Internationales... y muchos más, nacidos —o reformados— después de la guerra.

Otra vez Europa, en su deseo de unidad, cae en la diversidad. ¿Por qué? Angustiosamente muchos se han preguntado si los europeos tenían un fondo común, y si existía, cuál era. ¿La raza? ¿El idioma? ¿La religión? Razas diferentes, idiomas distintos, escisión religiosa... Entonces se ve claramente que si los europeos tienen un fondo común es, precisamente, la diversidad. Por consiguiente, si algo ha de unirnos es la adversidad.

Por si la diversidad no fuese bastante, une además a los europeos en estos momentos lo que se llama «comunidad de destino». Todas las naciones europeas —aunque no llegasen a alcanzar la unidad política— están afectadas por la comunidad de destino. Incluso España, aunque no sea todo lo democrática que M. Philip deseara para entrar en ese *sancta sanctorum* de las democracias que es el Consejo de Europa. Así, Olivier Philip incluye a España en el grupo de *Pays a exclure d'une éventuelle Union européenne*. No hay para ello más que una razón política. Sin embargo, reconoce que «una unión que comprendiese a España sería entonces únicamente considerada, y a justo título, como una simple unión militar, fomentada por los Estados Unidos en Europa contra Rusia» (pág. 335). Es decir, que España sólo podría ser llamada a la Unidad en el momento trascendental: a la hora de luchar. Exactamente lo que hemos hecho siempre. En esta lucha radica, precisamente, nuestra unidad de destino con los demás pueblos de Europa. Ha sido un español —Giménez

Caballero— quien ha expuesto en 17 *Mandamientos* sus «Místicas afirmaciones sobre Europa». Pues no hay pensador español que no haya sentido de un modo íntimo el problema de Europa y más exactamente, el problema de España con relación a Europa. Porque España podrá tener con los países sudamericanos hermandad racial, lingüística y religiosa; pero está fuera de duda que esto no es comunidad de destino. Esto lo tiene sólo con los países de Europa, por muchas diferencias que puedan existir en el idioma, la raza, la religión y hasta la política.

Claramente se ve a través del completo estudio sobre Philip que las tentativas de Unidad después de la última guerra, han tenido su origen en los países de Europa Central, especialmente los países del Rhin y de un modo particular Francia y Bélgica. Hay un motivo muy lógico para comprender este fenómeno: ellos son los que sufren la mayor parte de las guerras, los que están expuestos a todas las inclemencias históricas.

Henri Massis, en un pequeño libro titulado *L'Allemagne d'hier et d'après-demain* (1), hace un estudio tan breve como brillante en el que se pone de manifiesto que la mayor preocupación de los franceses la constituyen los alemanes.

Por consiguiente, hay también una diversidad de miras en los movimientos europeístas que tienden a la unidad. Los franceses la desean por la preocupación alemana, los ingleses por la inquietud económica, los españoles por el peligro ruso —en orden a la espiritualidad— como los americanos por el mismo peligro en orden a lo material. Así, cuando un sólo zarpazo de Rusia ha dominado la Europa del Este, Europa occidental sigue preocupada por problemas del pasado que proyecta sobre el presente. El libro de Olivier Philip constituye un bello ejemplo de cómo es necesario mirar ahora la Unidad de Europa.

La Historia está formada —entre otras cosas— por dos elementos constantes: uno que se repite siempre y otro que no se repite nunca. El primero, consiste en que los pueblos cometen siempre las mismas torpezas, y el segundo, consiste en que las cometen en distintas situaciones. En la

(1) Ed. du Conquistador. París, 1949

Historia, el elemento variable son las circunstancias, es decir, la vida, el presente.

En la actualidad, circunstancias marcadamente peligrosas y de clara procedencia no son un toque de atención bastante fuerte para que los pueblos dejen de cometer las torpezas que les son tradicionales. Esto explica, ante el hecho de la incipiente Unión Europea, las características de la misma: la condición *sine qua non* de ser democráticos, la nostalgia inglesa por su *splendid isolation* y su *spleen* frente a Europa, las torturas psicológicas de Francia — esas *grands peurs* de su Historia—, la oposición de Rusia...

Pero con todo esto, y a pesar de esto, la Unidad de Europa no sólo es posible, sino además inevitable. Un conjunto de circunstancias desfavorables —sólo circunstancias desfavorables para Europa podían favorecer su Unidad— concurren a ello. Los pueblos occidentales la desean porque los pueblos del Este sufren y quieren escapar a esa esclavitud. Pero Alemania en el Centro, es el enigma. Sobre ella dice Henri Massis: «El mito de los Estados Unidos de Europa es, por lo demás, muy popular en Alemania, pues Europa unida, significaría para Alemania la cuestión del reparto definitivamente terminada y una plaza preponderante en el nuevo edificio europeo. «Europa no se hará sin nosotros, y si Europa es una necesidad, Alemania también.» He ahí cómo razonan los alemanes.»

Es posible que para la tranquilidad de algunos franceses, la puesta en práctica del Plan Bainville les dejará más satisfechos. Pero no se trata de la tranquilidad de un solo país, sino de la de Europa y la del futuro. ¿No han dado los alemanes, acaso, pruebas palpables de su vitalidad? Después de leer el pequeño libro de Henri Massis se saca la conclusión de que es preferible que ellos, los alemanes, estén con Europa que contra Europa. La Unidad no puede realizarse en el aspecto de permitir la hegemonía de una nación sobre las demás, sino en una perfecta, equilibrada igualdad. Europa no tolera imperialismos. Todo cuanto en este aspecto se ha intentado ha resultado un lamentable fracaso.

Sólo Rusia se niega hoy a reconocerlo así. Porque ella se ha encerrado demasiado en sí misma para estar al corriente de las

cosas. Rusia es siempre el último golpe de un *gong*, en que por ser último, quiere suplir la falta de originalidad por una solemnidad llena de misterio. Ahora que Europa está cansada de imperialismos, Rusia pone en práctica, una vez más, el imperialismo.

Yo no sé qué éxito podrán tener los primeros pasos de una Europa que está aprendiendo a andar en Strasbourg. Olivier Philip se pregunta: «Qué penser de l'oeuvre réalisée à Strasbourg?» Y contesta: «...peut-être considérée comme satisfaisante si on ne la considère que comme l'organisation d'une base de départ en vue d'une oeuvre future qui reste à réaliser» (págs. 274-275).

Catorce países la forman nada más. Falta aún muchos para que Europa esté representada. Y faltan otros para que ella esté completa. Porque Europa no es sólo la parte Occidental, sino la Oriental, esos países del Este que han caído bajo el dominio ruso por ese afán expansionista que alguien denominó con ironía *kilometritis*.

Los países dominados por Rusia deberán volver a Europa. El futuro dirá cómo. Los que aun quedan deben unirse. Pues una de las cosas que hemos de hacer por ese futuro es dejar de ser un poco nosotros solos para poder ser con todos a la vez. Pero, ¿por qué se interpone no sólo el recuerdo del pasado, sino incluso los partidismos del presente —que nos llegan del ayer— para entorpecer la Unión? Hay gentes que no pueden comprender que la vida es más fuerte que la Historia y que la necesidad debe ser más fuerte que un partido. Olivier Philip se lamenta de ello y exclama: «C'est sur le plan politique que s'est opérée la division des sprits. Trois grands courants se sont formés: celui des travaillistes anglais, peut-être aussi scandinaves, celui des conservateurs britanniques et continentaux, enfin celui des démocrates chrétiens et des socialistes continentaux.» Si la primera es hostil, las otras, aunque favorables a la Unión, proponen distintas soluciones sin llegar a un acuerdo que es, en definitiva, un modo amable y suicida de ser hostil.

Hay que pensar en que el futuro será más comprensivo, especialmente si se le educa para que lo sea. Refiere Olivier Philip cómo en las determinaciones del Congreso de La Haya de 1948 figuraba la crea-

ción de un Colegio de Europa, que en el otoño de 1950 se fundaba en Brujas.

El Rector del mismo, profesor Brugmans, escribía en *Le Calendrier Europeen*: «El jueves próximo (12 de octubre), será fiesta en Brujas.

»Las 49 campanas del más grande carillón de Flandes interpretarán los himnos nacionales de 14 países europeos. La ciudad será empavesada, y por la noche, los más bellos monumentos serán iluminados una última vez antes de la estación invernal. En las clases superiores de las escuelas medias, los profesores explicarán a sus alumnos que una gran iniciativa nueva va a ser lanzada desde las orillas del Dyver. Por la mañana, la célebre sala gótica del Ayuntamiento estará llena de personalidades importantes pertenecientes al mundo político y universitario, tanto nacional como internacional, y por la noche, la población brujense está invitada al teatro para participar en el nacimiento del Colegio de Europa» (2).

El profesor Brugmans al anunciar al mundo el nacimiento del Colegio de Europa, en el Museo Brangwyn de Brujas, explicaba también cómo el R. P. Verleye ha luchado desde 1948 en favor de tal creación. En 1948 es un sueño, y dos años más tarde es ya una realidad. ¿Por qué esa rapidez en la realización? Por la misma razón que Olivier Philip da para explicar el éxito del profesor Villey de un modo optimista —pero con plena responsabilidad— lo que es inevitable.

En el Manifiesto publicado con motivo de la fundación del citado Colegio, se dice: «A nuestro alrededor un mundo se hunde. Pero a través de crisis horribles, un mundo nuevo toma forma.»

Y se añade, con acento convencido y sereno: «Jamás los europeos dominarán al mundo como lo han dominado; jamás la historia del género humano será completamente europea. Esto no es trágico; el destino del mundo puede llegar a ser más rico y más universal.»

Y sigue diciendo el Manifiesto: «La unidad es necesaria para encontrar nuestra grandeza. Jamás en la historia semejantes transformaciones se han realizado sin el concurso de hombres voluntariosos, valien-

tes, pero al mismo tiempo reflexivos, realistas.»

»Son equipos brillantes lo que Europa necesita. A la cabeza de las asociaciones, de las instituciones y de los órganos de la opinión pública, la nueva generación deberá poner gentes responsables, en los cuales las influencias, el modo de pensar y de proceder se pondrán como por instinto al servicio de la unidad europea.»

Es preciso llenar de ideales y de optimismo a la juventud europea; ideales, por ser europea, y optimismo, por ser juventud.

El profesor van Effenterre se refería muy recientemente en *Le Calendrier Europeen* a las experiencias de esta juventud reunida en Brujas donde ya se practica el *psychanalyse europeenne*. Consiste esto no en hacerles pasar de un amor nacionalista a un amor europeísta, sino en «una apreciación más justa de los nacionalismos». Y copia a continuación un ejemplo de estos ensayos, en el que se demuestra que las susceptibilidades nacionales son distintas ante los mismos hechos. Dice M. van Effenterre: «Les atrocités éventuellement commises par des troupes françaises dans le passé au cours de guerres ou d'occupations militaires gênent beaucoup moins les jeunes Français du XXe siècle que les atrocités commises dans les mêmes conditions ne gênent les Allemands: les uns y répondent par de l'indifférence, les autres par un besoin de se justifier ou de s'excuser.»

El tema de la nacionalidad es el principal problema de la Unidad, tanto en el aspecto político como en el sentimental.

Pero la inquietud es constante. También en el otoño de 1950 tenía lugar en Madrid el Congreso de Cooperación Intelectual.

Todo Congreso tiene la ventaja de que se pueden plantear todas las cuestiones y el inconveniente de que no se puede resolver ninguna. Por esta razón, la Comisión «Idea de Europa» —brillantemente presidida por don Antonio de Luna— tuvo ocasión de oír las más peregrinas opiniones sobre Europa: las pesimistas, las optimistas y las sensatas.

Respondía a una preocupación. Todos, o casi todos, piensan en Europa. Pero, ¿qué se hace por ella?

Por lo menos, empezar a formar una nueva generación en que como todas las

(2) 11 de octubre de 1950.

evoluciones a largo plazo es de esperar que tenga de bueno la eficacia.

El fondo común de los europeos se encuentra también, marcadamente, en lo cultural. Posiblemente tendrá que verse en el Colegio de Europa la manera de reaccionar de un francés cuando le hablen de Descartes o Pascal o la de un alemán cuando le citen a Lutero o Goethe.

Igualmente en la cultura existe, aparte del fondo común, una diversidad. Según Eliot, Europa llena ampliamente estas saludables exigencias. Dice Eliot: «En tanto existan culturas que sean antagónicas entre sí más allá de ciertos límites, antagónicas hasta el punto de la irreconciliabilidad, todo intento de unificación político-económico será vano» (3).

Pero en Europa no sucede esto. Goethe puede gustar tanto a un francés como Pascal a un alemán. Y Eliot añade: «Para la salud de la cultura de Europa se requieren dos condiciones: que la cultura de cada país sea única, y que las diferentes culturas reconozcan su relación mutua para que cada una sea susceptible a la influencia de las otras. Y esto es posible porque hay un elemento común en la cultura europea, una historia interrelacionada del pensamiento y del sentimiento y la conducta, un intercambio de artes e ideas» (4).

En fin, el fondo común es aquello que corre en Europa por encima de las fronteras de la nacionalidad. La nacionalidad ha sido una división arbitraria sobre la tierra europea. Algunas veces no ha sido más que un capricho geográfico convertido en absolutismo histórico. Y en todo momento una congestión de patriotismo dentro de horizontes estrechos, sin valor de

universalidad. Huizinga ha escrito de un modo imparcial sobre la nacionalidad. El dice: «El hipernacionalismo como convicción, como dogma, y, por consiguiente, como actitud intelectual, es de esperar que sea una actitud susceptible de ser combatida y curada con medios intelectuales. Sería un triunfo inestimable, que el hombre medio, medianamente educado, pudiera comprender la *estimación exagerada y la mala interpretación casi generales del concepto de «nacionalidad»*» (5).

El Colegio de Europa se propone curar con esos medios intelectuales de que habla Huizinga, el mal de las nacionalidades. Aunque se va con ellas la mejor vida burguesa —hermosa y amable, refinada y cómoda—, que imperó en Europa. Se va acompañada por el sentimiento desesperado de aquellos que al verla marchar piensan que lo que queda es sólo decadencia. Se va irremediamente y ellos no quieren ver la vida que surge, pues saben que será distinta, y fué Stephan Zweig, quien, desde Petropolis, le envió la más desolada y trágica despedida.

El tránsito de una Europa a otra Europa. He ahí el gran programa de una nueva generación. Olivier Philip ofrece en su completísimo estudio sobre Europa —en el cual están compendiadas imparcialmente todas las cuestiones— su solución ilusionada, de buena fe, con más creencia en la eficacia que pudiera tener una vez realizada la Unión que en su misma realización; duda ésta que le hace terminar su libro con una frase de Gheorjju, una frase de ilusión desesperanzada: «*Adhérons a cette illusion, la dernière peut-être de l'Europe.*»

CARMEN LLORCA VILAPLANA.

ARTHUR SETTEL: *This is Germany*. New York, 1950. 429 págs.

El problema de Alemania se ha convertido en un tema apasionante de la política norteamericana y ha hecho que esta política tenga en la actualidad un matiz completamente opuesto al de la primera

época de la postguerra. Las causas de tal cambio hay que buscarlas principalmente en la actitud rusa y las constantes e inagotables apetencias de expansión que caracterizan la política soviética de los úl-

(3) T. S. ELIOT, *Notas para la definición de la cultura*, pág. 94.

(4) Ob. cit., pág. 192.

(5) HUIZINGA, *En los albores de la paz*. Barcelona, 1946; pág. 101.

timos tiempos. Ante esta amenaza comunista, los pueblos de Occidente no tienen otra solución que unir sus esfuerzos y constituir un todo compacto que pueda hacer frente, con garantías de éxito, a la avalancha rusa. Las esperanzas que los aliados tenían al finalizar la guerra, soñando con un mundo mejor y con unas relaciones pacíficas y cordiales con la Unión Soviética, se han derrumbado como castillo de naipes, y a las mismas ha sucedido la guerra de nervios, la guerra fría desatada por Moscú contra el «imperialismo americano», según reza la propaganda comunista. El mundo se ha visto así dividido irremediabilmente en dos grandes bloques que buscan alianzas y amigos por todas partes. El bloque soviético, más compacto, más unido y sometido a una disciplina y a una autoridad rígidas, parece luchar con mejores armas que el bloque americano. Por otra parte, una Europa desunida, comida por las discordias intestinas y sin preparación alguna para la guerra, no está en condiciones de hacer frente al coloso ruso. De ahí los esfuerzos americanos, a través del Plan Marshall y de las Comisiones de reconstrucción económica, por acudir con toda su potencialidad a la restauración de esta Europa inerte y tan gravemente amenazada.

No tiene, pues, nada de extraño este profundo cambio experimentado por la política norteamericana, que ha arrastrado a su vez a las otras potencias aliadas. El mismo está determinado por la posición rusa y hoy ya no es posible una postura aislacionista por parte de los Estados Unidos; sus fronteras se han extendido de modo considerable y ya no pueden defenderse al otro lado del Atlántico, sino en esta Europa y precisamente en el suelo alemán. Esto lo explica todo. Por otro lado, la división de Alemania en dos zonas distintas, y aun opuestas, de influencia, la oriental y la occidental, hacen que el problema presente caracteres más graves. Si la Unión Soviética organiza un ejército alemán en su zona, bajo el nombre de Policía interior, ¿por qué los aliados no han de hacer lo mismo en la suya? La zona occidental con sus 48 millones de habitantes ha de ser un factor decisivo en esta lucha para la que todos se preparan.

El problema del futuro de Alemania ha suscitado animadas controversias, y han sido los Estados Unidos los que han decidi-

do la ayuda sin reservas, a fin de que el pueblo alemán se rearme y se fortalezca para constituir un valladar firme a las apetencias rusas. La cuestión de las reparaciones, punto de la máxima discusión en algunos momentos, ha visto reducidas sus proporciones de modo considerable y ha originado las protestas rusas al no ver satisfechas sus demandas en la cuantía exigida. El pueblo alemán es hoy objeto de toda clase de atenciones y sabe aprovechar bien la situación creada por la intransigencia comunista. Sabe que hay que contar con él para la defensa de Europa y pone condiciones que los aliados aceptan casi sin pestañear, conscientes del peligro que entrañaría una Alemania unida a Rusia y con deseos de revancha. Así, pues, puede decirse sin temor a equivocarse que el verdadero vencedor de esta guerra fría entablada entre los bloques americano y ruso es el pueblo alemán, que ha de salir fortalecido de la misma y cuya capacidad de recuperación es asombrosa; tanto es así que en la actualidad constituye la nación industrial más poderosa del continente europeo.

Resultado de la política americana y de la atención que los Estados Unidos prestan a las cosas de Alemania es el presente libro, inicialmente constituido por diversos artículos de periodistas, corresponsales de distintos periódicos y revistas y que ha salido a la luz en forma de grueso libro, de 429 páginas, con el que se pretende dar, particularmente a los americanos, una idea objetiva de cómo es y cómo piensa la Alemania de nuestros días. Así, pues, el móvil principal que ha inspirado su aparición ha sido el de hacer conocer al pueblo de los Estados Unidos el problema alemán por personas expertas en el mismo.

El general Lucio Clay, gobernador militar de los Estados Unidos en Berlín, le ha puesto un interesante prólogo, en el que da una visión panorámica de conjunto y analiza el proceso seguido hasta llegar a la situación actual. En mayo de 1945, la total derrota de las fuerzas alemanas por los ejércitos aliados condujo a la rendición incondicional del país. El pueblo americano tenía razones fundadas para creer que, una vez desaparecido el peligro de una nueva agresión, reinaría la paz por doquier. El Gobierno americano, de acuerdo con los Gobiernos de Inglaterra, Francia y Rusia,

convino la ocupación de Alemania por las cuatro Potencias indicadas. Tal ocupación perseguía como fines principales el dictar las medidas necesarias para que no se volviera a producir una nueva guerra por parte de Alemania, el castigo de los dirigentes nazis y el impedir la restauración de Alemania en condiciones tales que pudiera constituir una amenaza para la paz. Su economía tendría unas proporciones limitadas, que bastara para cubrir las necesidades del pueblo alemán manteniendo un nivel de vida decoroso y entrando por las líneas democráticas trazadas por sus conquistadores.

Tales esperanzas y tales designios se vieron bien pronto defraudados. Claramente podía apreciarse que las Potencias ocupantes no interpretaban el Acuerdo de ocupación de la misma manera, y, a consecuencia de ello, tal Acuerdo fué letra muerta y cada una de dichas Potencias gobernó su respectiva zona con absoluta independencia de las restantes, empleando métodos totalmente opuestos. Es natural que en tales condiciones la economía alemana, ya de por sí sumamente compleja, no podría recobrase en la medida deseada; de ahí el que americanos e ingleses decidieran unir sus respectivas zonas, a las que no tardó en seguir la francesa. Estas tres zonas formaron una zona común, frente a la rusa, completamente desligada de sus antiguos aliados. La ayuda económica a Europa, tan sólo rechazada por la Unión Soviética y sus Estados satélites, fué, sin embargo, aceptada por todos los pueblos libres y condujo, lógicamente, a la inclusión en este programa económico de las tres zonas de la Alemania occidental. En estas condiciones, el Gobierno ruso inició el bloqueo de Berlín por tierra y mar, con el fin de obligar a los occidentales a abandonar la capital; mas el intento resultó fallido merced al esfuerzo de las fuerzas aéreas americanas e inglesas, que supieron dar adecuada réplica a las intenciones del Kremlin.

Las tres Potencias occidentales decidieron que la Alemania occidental formara una unidad con Gobierno propio y con una cierta autonomía, que habría de seguir recibiendo la ayuda americana con objeto de cooperar a la reconstrucción europea. Una Europa dividida con una Alemania a su vez separada en dos mitades, no puede, en modo alguno, ofrecer la estabilidad nece-

saria para lograr una paz duradera, y en tanto exista esta división no puede hablarse de problema europeo ni de problema específicamente germano. Ambos van íntimamente ligados, de tal suerte que la solución del uno condiciona la del otro. A pesar de su complejidad, el problema alemán puede resolverse por métodos pacíficos, y de ahí la necesidad de libros que traten del mismo y lo aborden en toda su amplitud. La obra que comentamos tiende a esos fines y ha de ser una valiosa ayuda para la mejor comprensión del pueblo americano, facilitando así sus relaciones con los alemanes. El general Clay, en su prólogo, dice «se trata de un libro escrito por expertos que creen en la dignidad del hombre y en su derecho a vivir como individuo».

El libro en cuestión está dividido en diversos capítulos, que abordan el problema alemán desde distintos ángulos, enjuiciándolo de un modo objetivo. Entre estos capítulos destacan los relacionados con la política americana, en su sentido actual; la posición de Alemania en la guerra fría; la educación del pueblo alemán; la mujer alemana en la postguerra; el problema de los refugiados; el problema de la paz; el de las reparaciones; la cuestión del Ruhr; el nacimiento del nuevo Estado alemán; Alemania vista por sus vecinos; la zona del silencio, etc. Todos ellos de un subido interés, acrecentado por el estilo y la galanura de lenguaje de sus autores, todos ellos duchos en las faenas periodísticas y grandes conocedores del tema que tratan. Por todo ello, el libro tiene un gran interés y actualidad y se difundirá rápidamente entre los círculos americanos interesados por las cuestiones de Europa y más específicamente de Alemania.

Al penetrar los aliados en Berlín, el general Eisenhower recordó a los alemanes que lo habían hecho a título de conquistadores y no de liberadores. Lucio Clay hacía referencia en uno de sus discursos a «la fase punitiva de la ocupación»; pero en tanto así hablaba, los Estados Unidos gastaban muchos millones de dólares en alimentar y reconstruir la nación derrotada, fomentando la idea de un Gobierno alemán en el Oeste y transfiriendo a manos germanas la tarea de la desnazificación. La situación había cambiado en poco tiempo, y los alemanes obtenían mayores

BIBLIOGRAFÍA

ventajas. Habían pasado ya los días en que los americanos tomaban lo mejor y dejaban lo peor para los vencidos alemanes. Cientos de hoteles y clubs, en poder de los aliados, pasaron a manos alemanas y las requisas de edificios y propiedades cesaron al año de la ocupación. La zona británica adoptó casi las mismas medidas que la zona americana, y ambas acordaron conceder a los alemanes la mayor independencia posible a fin de que pudieran llevar a cabo por sí mismos la obra de su reconstrucción. El primer capítulo de la obra, titulado «No más conquistadores», hace alusión a la vida en Berlín en los primeros años de la ocupación y a la vida en las distintas zonas; la cuestión del mercado negro en sus diferentes variedades; el racionamiento de los alemanes, superior en algunos casos al de los propios aliados; la posición de las autoridades francesas, procurando alargar su ocupación lo más posible; la reforma monetaria y los intentos americanos por convertir a la Alemania occidental en un verdadero Estado democrático.

Capítulo sumamente interesante es el titulado «Los alemanes en la guerra fría», en el cual se dice que de nuevo cuenta Alemania como factor decisivo en la política mundial. Con un país ocupado, en ruinas y sometido a tutela, situado entre dos influencias distintas y opuestas, los alemanes han tenido que elegir al versé transformado en campo de batalla política entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Alemania ha dejado de ser objeto de la política aliada para influir de modo decisivo en la futura organización del mundo. Es este el hecho central de la política alemana de la postguerra. Muchos aliados lo deploran porque «la desunión entre las Potencias aliadas ha convertido al enemigo de ayer en árbitro de sus disputas. Muchos alemanes lo deploran igualmente porque «la desunión entre los aliados ha retardado la reconstrucción de Alemania y ha transformado en permanente su división». Pero, deplorada o no, la guerra fría domina hoy la escena alemana.

Una característica de la Alemania de la postguerra lo constituye la derrota del comunismo. En un país hambriento, lleno de ruinas e invadido por los refugiados de distintos países, el comunismo se ha mostrado mucho más débil que en los mejores momentos de la época de Weimar. Esto

destaca aún más si se tiene en cuenta que en casi todos los países de la Europa occidental el comunismo ha surgido potente, no ya en Francia e Italia, sino en los países más estables, como Bélgica, Holanda y Dinamarca. En las distintas elecciones realizadas el comunismo ha obtenido un número ínfimo de votos, si se le compara con el de otros partidos, y esta repulsa no se debe ciertamente a la presión aliada, como tampoco puede deberse a la propaganda del señor Goebels sobre el bolchevismo asiático, sino al odio a Rusia y el temor a sus métodos, que han hecho que el pueblo alemán reaccione de modo impresionante contra los intentos de infiltración comunista siempre que se le ha dado ocasión para ello.

Políticamente los alemanes han formulado cuatro concepciones básicas en el aspecto internacional. En primer lugar aparecen aquellos que abogan por una contraofensiva política de la democracia contra el totalitarismo soviético; este grupo espera la restauración de Alemania y la formación de la unidad europea sin lucha, por el colapso de los regímenes satélites comunistas al este del Elba. Vienen después los que confían en la integración en la Europa occidental y la unión con la zona oriental, al menos en lo que al comercio exterior se refiere. Otro grupo está formado por los llamados apóstoles de la neutralidad, que esperan el día en que Rusia y los occidentales se pongan de acuerdo para la evacuación de Alemania y desaparezcan para siempre las diferencias de régimen que les separan, siempre que los alemanes unidos les prometan su no adscripción a uno u otro bloque. Finalmente está el grupo de los que abogan por la pronta restauración de Alemania y su integración en la Europa occidental. La tendencia neutral apareció en 1949, cuando los rusos se preparaban para levantar el bloqueo de Berlín. Su programa, elaborado por el «Círculo de Naueheim», tiene como argumento principal el de que los Soviets no desean una Alemania comunista, sino que tratan de evitar el rearme de una Alemania anticomunista y unida a las Potencias occidentales. Una vez que rusos y occidentales se pongan de acuerdo para retirar sus tropas y abandonar la ocupación, garantizando el desarme y la neutralidad permanentes de los alemanes, no

existirán obstáculos que se opongan a su unidad.

Características permanentes de la actitud de los alemanes frente a la guerra fría son: la ausencia de una seria atracción política por parte de la propaganda comunista, y el deseo de evitar la lucha al lado de los occidentales. Si se lucha con los occidentales, se corre el peligro de ser capturado por los rusos y de ser fusilado. Si se pelea al lado de los rusos y se cae prisionero de los occidentales, éstos le proporcionarán un empleo. Tal es la opinión mantenida por el vulgo.

Otro capítulo está dedicado a la educación de los alemanes. Tarea esta emprendida hace casi cinco años con la esperanza de formar nuevas generaciones de alemanes democratizados, y que no ha dado los resultados apetecidos, pues la democracia es palabra que suena a hueca en los oídos alemanes. Por otro lado, la obra educativa ha estado encomendada a los propios alemanes, que han seguido empleando los métodos tradicionales, que nada de común tienen con las orientaciones democráticas de los occidentales. Del examen llevado a cabo en este aspecto resulta que en las escuelas alemanas se enseñan abiertamente las doctrinas e ideas nacionalistas. Los maestros nazis, separados de sus puestos hace unos años, han vuelto a ocuparlos de nuevo. Al igual que sucedió tras la primera guerra mundial, en las escuelas alemanas domina el resentimiento y el odio hacia los aliados por las injusticias cometidas con el pueblo alemán. Idea muy extendida es la de que el nazismo no era malo en sí y que, debidamente reformado, puede dar los mejores frutos. La nueva generación aprende en la actualidad que Alemania debe volver a recuperar sus poblaciones y territorios perdidos y conquistar un espacio vital, las tres ideas nacionalistas que sirvieron para elevar a Hitler al poder. El sistema alemán de enseñanza continúa siendo el de siempre, el de exaltado nacionalismo y ardiente patriotismo, y de nada sirven los enormes dispendios y los buenos deseos de los aliados para formar nuevas generaciones educadas bajo el patrón democrático. No es, pues, de extrañar que el autor titule su artículo: «La educación, ¿para qué?»

La Alemania derrotada de 1945 presenta un problema, único quizá en la histo-

ria de la Humanidad. Se trataba de establecer la responsabilidad de aquellas personas que habían originado la guerra y se habían hecho culpables de actos punitivos y criminales, y de ahí la orden del Consejo Aliado de Control creando los procedimientos para juzgar a los culpables de acuerdo con su responsabilidad. De imponerles determinadas sanciones, conducentes a eliminar toda influencia sobre la comunidad; conceder oportunidades para su rehabilitación y hacer posible la vuelta de aquellos otros que hubiesen cumplido sus respectivas condenas. Los famosos juicios de Nuremberg, las tareas de la desnazificación, la desmilitarización y otros problemas similares, son objeto de otro de los capítulos, dedicado a probar la culpabilidad alemana y a justificar las medidas aliadas.

El problema de los refugiados es cuidadosamente estudiado, tanto por la gravedad del mismo como por sus posibles repercusiones. Al término de la guerra, millones de alemanes, procedentes de diversos países, fueron expulsados de éstos y obligados a buscar refugio en su patria de origen. Su cifra no es conocida con exactitud, mas supera los nueve millones. La mayor parte, procedentes del país de los Sudetes y de Checoslovaquia, así como de Hungría, Rumania y Yugoslavia. Otros, de los territorios alemanes al este de la línea Oder-Neisse. Estos incluyen los ricos territorios de la Silesia, entregados por Rusia a Polonia a cambio de la Polonia oriental, así como de la Prusia oriental, dividida entre rusos y polacos. La mayoría de los constituyentes de este último grupo se dirigió a la zona soviética, pues, según el Acuerdo de Potsdam, los alemanes expulsados de la Silesia y de la Prusia oriental habrían de encontrar alojamiento en la Alemania del Este. No obstante esto, ante los métodos empleados por los comunistas, decidieron evadirse hacia las zonas occidentales. Esta enorme masa de desplazados, en medio de un ambiente a veces hostil, constituyen una grave amenaza para el desarrollo de la democracia en la Alemania occidental de nuestros días, siendo presa fácil para cualquier dictador demagogo que sepa explotar sus sentimientos.

El 2 de agosto de 1945, cuando Truman, Attlee y Stalin firmaron el Protocolo de Potsdam, acordaron solemnemente que la

transferencia a Alemania de las poblaciones de origen germano existentes en Polonia, Checoslovaquia y Hungría, habría de hacerse ordenadamente y con arreglo a unos métodos humanos; mas tales promesas fueron vanas. Del país de los Sudetes fueron expulsados en el breve plazo de unas horas, llevando tan sólo aquello que pudieran cargar sobre sus espaldas, y lo mismo pudiera decirse de Yugoslavia y la Silesia. Por otro lado, la recepción hecha a su llegada a la patria tuvo los mismos caracteres de cordialidad que había tenido su expulsión. En todas partes donde buscaban acomodo se encontraban con el mismo panorama: exceso de población y carencia de lo más indispensable para atender a las propias necesidades. La lucha por la existencia adquirió tonos dramáticos, y ello explica la falta de calor y de humanidad cristiana en la acogida a los alemanes refugiados. El número de los mismos aumenta sin cesar, y ello ha constituido un serio obstáculo al normal desenvolvimiento de la vida en la Alemania occidental, en exceso poblada, y un grave motivo de preocupación para sus dirigentes, que tratan por todos los medios a su alcance de solucionarlo de una manera cristiana y humana.

La cuestión de las reparaciones y de los desmantelamientos llevados a cabo en ejecución de las mismas, es objeto de otro interesante capítulo. En 1871, a raíz de la guerra franco-prusiana, los alemanes obtuvieron de Francia una indemnización que se elevó a los 5.000 millones de francos oro, y que no causó mayor perjuicio a la economía del país galo. Al terminar la primera guerra mundial, los aliados decidieron la forma que habrían de adoptar las reparaciones: dinero, mercancías, armamentos, flota de guerra y mercante, coches, camiones, etc. En 1929, la Comisión de Reparaciones estableció que el total de las mismas ascendería a la suma de 132.000 millones de marcos oro, que habrían de ser pagados en un espacio de cuarenta años. El Plan Dawes redujo la totalidad de las reparaciones, debiendo pagar Alemania en el primer año la cantidad de 200 millones de marcos oro. El Plan Young estableció un proyecto de pagos que habrían de terminar en 1938. La depresión y, más específicamente, la crisis bancaria en Alemania, dió al traste con las reparaciones. La mo-

ratoria Hoover suspendió los pagos hasta el 30 de junio de 1932. Si Alemania había de pagar las reparaciones, tenía necesidad de hallarse en condiciones de hacerlo. De este modo la industria se desarrolló de modo asombroso; las exportaciones en el año 1929 superaron en un 34 por 100 a las de 1913 y la flota mercante cedida había sido ampliamente compensada. En suma, las reparaciones tuvieron el efecto irónico de hacer entrar en Alemania el capital extranjero, que ayudó a la prosperidad del país y creó la base económica para una nueva guerra.

Por ello, al terminar la última guerra, los aliados decidieron evitar los errores cometidos en la anterior, siendo su plan el de desmantelar las industrias de armamentos, reduciendo considerablemente las químicas y metalúrgicas, para acabar con el poderío militar alemán. Sin industria pesada, Alemania no podría iniciar una nueva guerra. Por otro lado, las industrias desmanteladas constituían la mejor reparación. En sus orígenes, el plan tuvo paternidad americana, y su progenitor, el ex Secretario del Tesoro, Morgenthau. El plan determinaba la reducción de la capacidad productiva del Ruhr, de tal suerte controlado que no pudiera convertirse en mucho tiempo en zona industrial. De acuerdo con el mismo, al cabo de los seis meses, como máximo, de la cesación de las hostilidades, todas las instalaciones industriales habrían de ser desmanteladas por completo y trasladadas a las naciones aliadas en pago de las reparaciones. Tal fué la génesis de las nuevas reparaciones en especie.

En la Conferencia de Yalta, en 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin distinguieron entre reparaciones en especie y compensaciones territoriales por los daños causados por Alemania durante la guerra. En dicha Conferencia se nombró una Comisión de Reparaciones, con sede en Moscú, que tomó como base inicial de sus discusiones la sugerencia del Gobierno soviético de que el total de las reparaciones debería ascender a la suma de 20 billones de dólares, el 50 por 100 de la cual debería ir a parar a manos rusas. Las Potencias ocupantes han llevado de Alemania todo lo que han considerado necesario, y en este aspecto la Unión Soviética ha sido la más adelantada y la que más provecho ha sacado de la derrota alemana. En la actualidad el pro-

blema de las reparaciones ha visto muy reducidas sus proporciones y el proceso sigue las mismas o similares líneas que en la guerra anterior. Las reparaciones no pueden extraerse de una nación vencida a menos que los vencedores estén dispuestos a destruir a la nación entera o reconstruirla de modo que pueda hacer frente a sus compromisos. Tal es el dilema con respecto a la cuestión de las reparaciones en la Alemania actual.

El último capítulo del libro está dedicado a la Alemania Oriental, convertida en 1949 en Estado independiente, rápidamente reconocido por Rusia y sus Estados satélites, desde Peiping a Praga, mas dominada por completo en sus aspectos político y económico. La historia de la zona oriental alemana es la historia de las ambiciones rusas y un ejemplo de lo que sería la de Alemania entera si cayese en sus manos.

Cuando los Tres Grandes, reunidos en Yalta, establecieron los límites de las zonas respectivas, asignaron a los rusos el granero de Alemania; la industria, a los ingleses, y las bambalinas, a los americanos. Bajo el control ruso se hallan extensos bosques y yacimientos carboníferos; la mayor concentración mundial de potasa y numerosas e importantes industrias, entre éstas las industrias ópticas de Jena, las de gasolina sintética en Lemna, así como muchas otras textiles, químicas, de maquinaria, electricidad, etc. Con sus casi 19 mi-

llones de habitantes, la Alemania Oriental es el más poblado de todos los países situados tras el telón de acero, y de ella obtienen los rusos enormes beneficios. De todas las empresas de los Soviets en la Alemania Oriental, ninguna iguala a la Wismut A. G. De no haber sido por la bomba atómica que destruyó la ciudad de Hiroshima, la Wismut A. G. probablemente no hubiera existido. Durante el periodo de búsqueda febril por la bomba atómica, los rusos descubrieron que en la zona oriental alemana existían los yacimientos de uranio más importantes del globo, y en la actualidad las comarcas de Aue, Schneeberg, Lauter, Marienberg, Annaberg y Johann Georgenstadt, centros de las famosas minas, registran una actividad asombrosa.

El capítulo en cuestión hace un estudio de la organización política de la Alemania Oriental, y termina con la enumeración de los partidos y asociaciones constituídas bajo el patrocinio de los Soviets.

Tal es a grandes rasgos el libro *Esta es Alemania*, lleno de interés y amenable y digno de ser leído por todos los que se dedican al estudio de los problemas internacionales, pues está enfocado sobre la vida de un país que en la actualidad constituye el centro de la atención mundial y es factor clave en el desarrollo de la crisis actual.

JULIO MEDIAVILLA Y LOPEZ

FOSTER HAILEY: *Half of one world*. New York, MacMillan Company, 1950. 201 págs.

El siglo xx es un siglo de transición en el que miles de fuerzas han llegado a su culminación. Los adelantos científicos han conseguido reducir las distancias, pero creando una explosiva vecindad, tanto entre los pueblos adelantados y retrasados como entre los explotadores y los explotados, juntos en cada variante de cultura, credo y color, que dificultan todavía más la comprensión de la complicada trabazón de los hechos que se han ido desarrollando en estas últimas décadas.

Los problemas del Extremo Oriente forman en la actualidad todo un conjunto con el resto de los problemas del mundo,

si bien sus peculiaridades lo hacen todavía más complejo.

La Segunda Guerra Mundial ha sido un nuevo ocaso de los dioses que dominaban la política internacional del siglo pasado, quedando reducido su poder a la quimera de su antiguo prestigio. Pero las fuerzas que han sobrevivido a este cataclismo son demasiado poderosas y se yerguen amenazadoras frente a frente en todas las encrucijadas del mundo actual, mientras que Europa yace deshecha entre los escombros de su antiguo poderío.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial en el Extremo Oriente han sido gra-

vísimos para la política colonial del Occidente europeo, ya que al aparición de fuertes movimientos nacionalistas ha roto el *statu quo* existente.

Este movimiento de resistencia tiene su base en una serie de factores psicológicos, como son la debilitación del prestigio del hombre blanco, y después la sensación de autosuficiencia para regir sus propios destinos.

El comportamiento del hombre blanco en el Extremo Oriente ha sido el mayor enemigo de su prestigio. Durante siglos, toda su política ha estado orientada en la obtención de pingües beneficios, sin mirar jamás en la licitud de los medios empleados en su consecución. De tiempo en tiempo se levantaron voces pidiendo una política más humana; unos lo hicieron, como Karank Trang (seudónimo de un médico holandés) en su libro «Los que no se comprometen», o como en las obras de la señora Szekely-Lalof, por puro amor a la justicia otros, como Aldaus Huxley, en su obra «Jesting Pilate», por pura sensación estética, pero todos ellos advierten a los países de Occidente de la pérdida de prestigio que han sufrido en su política colonial.

Otro factor de influencia ha sido la educación, ya que, como nos advertía Erling Bache en 1939 en su obra «Hombres Blancos en los Trópicos», «la pretensión de educarles conforme a nuestra propia civilización equivale a hacerles perder la tolerancia propia de su raza, sin poder sustituirla, en cambio, por la forma de pensar europea».

Por último, sus propias experiencias de autogobierno durante la época de ocupación japonesa han dado un último empuje a las ansias de independencia de esos países, hábilmente secundados y aconsejados por la Unión Soviética, que mira con complacencia el abundante material humano que podrá aprovechar en su día, frente al poderío técnico de los Estados Unidos.

Tal fué la situación del mundo, cuando en la noche del 15 de agosto de 1945 nos llegó la noticia por Radio Tokio de que el Emperador Hiro-Hito había aceptado los términos de la rendición dictada por los aliados, y señala el momento en que el autor del libro comienza su peregrinación por los países del Extremo Oriente con el objeto de estudiar los problemas que la

post-guerra presentaba a cada uno de ellos y sobre toda la influencia que los acontecimientos pudieran representar para la política exterior de los Estados Unidos.

El autor del libro comienza estudiando los problemas del Japón. Con su derrota ha desaparecido uno de los sostenes de la antigua política triangular del norte del Extremo Oriente. Pero el hueco dejado por el Japón en su caída ha hecho totalmente inconfortable la situación para los Estados Unidos, viendo la creciente influencia de Rusia en el continente asiático, y para contrarrestar esta peligrosa inclinación de la balanza del poder en favor de sus enemigos decidieron el fortalecimiento del Japón, que, reeducado políticamente y orientado hacia la democracia, sirviera de puestro avanzado en el sistema de defensa de los Estados Unidos. A la consecución de este fin se han dirigido todas las reformas realizadas bajo la hábil dirección del General Mac-Arthur, tales como la creación de una Constitución democrática, reforma de la enseñanza, fortalecimiento de los sindicatos obreros, recuperación progresiva de la industria pesada, colaboración técnica de toda índole, como asimismo reducción de la cifra que en concepto de reparaciones debía pagar el Japón a los Estados Unidos.

¿Hasta qué punto será viable esta política de los Estados Unidos? No es de esperar que un pueblo que ha estado en constante lucha, unas veces diplomáticamente, en guerra abierta otras, troque su tradicional odio por una repentina amistad, ni que se adapte por mucho tiempo a las reformas políticas dictadas por un gobierno militar de ocupación, una vez que éste haya traspuesto sus fronteras. Tal es, al menos, el criterio de países que como China y Filipinas sufrieron su ocupación, o que como Australia se vieron amenazados por ella.

Foster Halley visita China en los meses que siguieron al fracaso del General Marshall en sus esfuerzos de lograr una China unificada, como se había acordado en la Conferencia de los Tres Grandes. En aquellos momentos son frecuentes los ataques al Kuomintang por toda la prensa americana, y del que nuestro recensionado dice textualmente: «El Kuomintang se encuentra representado por Chiang-Kai-Shek, su familia, la familia de su suegro y el C. C. Clique, dirigido por los hermanos Chem, y

que desde 1927 ha sido una despiadada dictadura que solamente de vez en cuando ha tomado la fachada de un gobierno del pueblo, y esto por influencias extranjeras.» Pero el autor prosigue con sus críticas diciéndonos que en el gobierno de Chian reina la corrupción más absoluta y que la mayor parte de los millones de dólares de la ayuda americana se encuentran depositados en las cuentas corrientes que fuera de China posee la familia Chan.

Frente a la corrupción del Gobierno nacionalista, el autor nos muestra la pureza y la idílica belleza del gobierno comunista, en su mítica ciudad horadada en una colina bajo el monasterio budista de Yenan, en la que no existen ni cárcel ni magistrados y en la que cada uno trabaja para satisfacer sus propias necesidades. El partido comunista chino—opina el autor—es completamente diferente al del resto del mundo, ya que es muchísimo más nacionalista que los otros y compulsa más frecuentemente las obras del Dr. Sun-Yan-Sen que las de Marx y Lenin, siendo su programa político el siguiente: 1.º Abolición del Kuomintang como partido único y establecimiento de un gobierno de coalición. 2.º Establecer y garantizar las libertades de palabra, reunión y asociación. 3.º Reforma agraria y reparto de tierras a los campesinos pobres. 4.º Programa de enseñanza, tanto para adultos como para los menores. 5.º Garantizar los derechos de las minorías raciales y religiosas, tales como los mahometanos, mogoles y tibetanos. 6.º Establecer relaciones cordiales con todos los países y apoyar a toda organización internacional para el mantenimiento de la paz.

Al estudiar el sistema colonial francés en Indochina y sus problemas en relación con el Viet-Nam, dice Hailey que ha sido una muestra patente de la peor especie y uno de los motivos de que el comunismo haya progresado con tanta rapidez en el Extremo Oriente. También aquí nos muestra con los más oscuros colores la falta de visión política del Alto Comisario francés en Indochina, Almirante D'Argelieu, que rompiendo el compromiso firmado entre Saintemy por el Gobierno francés y Ho-chi-Minh, jefe del Gobierno del Viet-Nam, ha abierto la más dura y cruel guerra colonial que jamás poder alguno ha sufrido.

Al estudiar la persona del jefe vietna-

mita Ho-Chi-Minh, se presenta la cuestión de si es o no es comunista. El ha contestado afirmativamente en varias ocasiones, pero recalcando siempre que él es ante todo un miembro de la gran familia del Viet-Nam. Esto le induce pensar a Foster Hailey que la cuestión del matiz político no tiene demasiada importancia. Así dice textualmente: «En los Estados Unidos (o en cualquier otra democracia) si una persona es, o ha sido, comunista, es una importante guía para conocer su carácter, y demuestra que una vez eligió libremente entre democracia y comunismo. Pero el problema es completamente diferente en Asia, ya que no había otra disyuntiva que seguir bajo el yugo colonial europeo o ser comunista y recibir ayuda de Moscú.»

Con idénticos calificativos se refiere a la actuación del Gobierno holandés en las Indias Orientales. A la terminación de la guerra, Holanda se encontró que parte de sus antiguas colonias se habían erigido en una República federal autónoma, si bien les ofrecieron el seguir formando parte de las posesiones que forman la Corona de Orange, y a este fin se firmaron varios acuerdos. Pero por dos veces el Gobierno holandés violó sus convenios, iniciando unas acciones de policía que si bien llegaron a dominar totalmente sus antiguas colonias, merecieron la crítica de todos los países civilizados. Esta lucha terminó con el Convenio Van Royen-Roen y la intervención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

Inglaterra, por el contrario, ha elegido una política de compromiso con los partidos nacionalistas de sus colonias, en las que ha establecido gobiernos autónomos, si bien están supervisados por un alto funcionario inglés que tiene el derecho de veto. De esta manera no ha perdido ni bases estratégicas para su escuadra, como en las Islas Fijis, ni el control del estaño y de la goma en Singapur y Malaya. Esta misma ha sido la política de los Estados Unidos, siendo la primera vez en la Historia que una nación fuerte concede libremente la independencia a otra infinitamente más débil y le ayuda con todo su potencial económico en la reconstrucción, como en el caso de la República de Filipinas, o bien concede la nacionalidad americana a los indígenas de las Islas de Guan y Samoa. Experiencias de este estilo hacen

BIBLIOGRAFÍA

mirar el porvenir con optimismo, suponiendo que no es un sueño quimérico la unión y comprensión de Oriente y Occidente.

¿Cuál será el futuro de Asia? El autor del libro que recensamos se muestra especialmente optimista. Como Hegel, nos asegura que la Historia marcha de Oriente a Occidente y que la humanidad ha llegado al final del primer año solar de su historia. Los problemas de la expansión comunista no le preocupan, ya que los pue-

blos de Oriente son esencialmente nacionalistas y conservadores, y por esto mismo el comunismo no puede tener arraigo, siendo simplemente un medio para conseguir la independencia, pero estos pueblos en el futuro se inclinarán al lado de las democracias, que son las únicas que le proporcionarán los medios y conocimientos técnicos necesarios para la solución de sus problemas.

MANUEL IÑIGO TAULE